

Defensor Fidei

Paco Ariza

Martín Lutero caminaba envuelto en su capa. Su cabeza, al igual que su persona, estaba desde hacía días centrada en la posibilidad de la excomunión papal. **León X** lo cercaba, había pactado con los reyes, incluido **Enrique VIII**, y ahora tendía sus redes al Emperador **Carlos**; si éste le dejaba, el Papa tendría libre su camino y la excomunión caería sobre él.

Aunque había teorizado sobre la salvación y amaba a Dios profundamente, ahora le inquietaba la posibilidad de la excomunión, tras ella vendría el Tribunal del Santo Oficio, si lo atrapaban... Le horrorizaba pensar en los interrogatorios, en la refinada tortura castellana y en la hoguera. Desde hacía días, cada vez que encendía las velas al atardecer, un escalofrío recorría toda su espalda; a veces, se levantaba en medio de la noche inmerso en pesadillas en las que Dios, por haber sido excomulgado, lo enviaba al infierno y el Papa junto con el Emperador lo saludaban desde el cielo rodeados de un coro de querubines.

Ahora, **Martín Lutero** se dirigía a visitar a una conocida bruja de su ciudad (Wittemberg) para que le desvelara su futuro; ésta tras fijar el precio en oro le aventuró tres profecías:

- *“Serás excomulgado por 500 años”.*
- *“En el próximo milenio volverás a la fe católica”.*
- *“Descubrirás el amor de una mujer”.*

Martín le exigió explicaciones, las profecías parecíanle una tomadura de pelo y, a pesar de su talante comedido, sus manos zarandearon a la mujer. Ésta le contestó que el destino estaba claro, le podría haber mentido, pero el descendiente de **Pedro** se daría cuenta con el pasar de los años de que habíase cometido un error y que la Iglesia cada vez más fuerte sería una. Con respecto a la mujer, ya la había conocido, en estos momentos estaba entregada a Dios, dentro de poco se le entregaría a él.

De mala gana y con sensación de haber perdido unas monedas de oro se marchó a visitar a su amigo **Lucas Cranach**, bebieron una botella de vino ácido y hablaron del rumor cada vez más extendido de su excomunión. **Martín** embriagado por el vino y la amistad le aseguró que quemaría la bula papal, se aliaría con los nobles y le quitarían a la Iglesia todas sus riquezas pues *“quien roba a un ladrón...”*, conseguiría suficiente poder como para obligar al Emperador y al Papa a negociar con él. Hablaron de mujeres, **Martín**, desde su conversación con la adivina, pensaba obsesivamente en ellas, ¿cómo serían aquellas criaturas sin alma que tentaban a los hombres?, ¿tal vez tan malvadas como predicaran los padres agustinos?, él había conocido a mujeres que le habían parecido seres angelicales, recordaba a **Ana**, su ama (llevada al lienzo como *Santa Ana*), a **María** que había servido de modelo a **Lucas** para una *Venus*... El vino, el calor de la lumbre y la conversación con el pintor le animaron a visitar una casa innumerable situada a las afueras de la ciudad.

Al día siguiente mandó con un criado un par de capones para la bruja, a parte una fina pieza de hilo de Holanda.

Con dolor de cabeza por el mucho vino bebido se aprestó a recibir al embajador de la Corte Imperial, un celta impuesto al Emperador por la poderosa Iglesia española, para convertirlo en martillo de herejías y sectas. Venía vestido al estilo castellano, austero y con la barba

recortada, usaba aquellas lentes propias de copistas y escribanos. Pronunciaba algunos sonidos de rara manera.

El embajador, con altivez propia de saberse apoyado por el Papa, le propuso un trato propio de banqueros judíos: *“Debería retractarse de sus tesis y expandir la fe católica según el dogma papal desde las escuelas maternas hasta la Universitas”*.

Debería darle respuesta al propio Emperador en Worms, ya que de lo contrario la furia de la excomunión caería sobre él y todos sus descendientes, siendo sus tierras sembradas con sal.

Martín Lutero se retiró a un monasterio de monjas, desde entonces fue partidario de que los curas se casasen.

Día y noche meditó la propuesta pidiendo finalmente un salvoconducto al embajador para ir a Worms a comunicarle al Emperador que aceptaba a cambio de que lo nombraran *“Defensor Fidei”*. El castellano estimó que una herejía afianzaría al Papa y al Emperador y jamás aquella carta llegó a su destinatario.

Años después, siglos, el Papa **Wojtyla** encontró el pergamino, descubriendo con horror que el luteranismo y todas sus herejías podían haberse evitado. A través de su jefe de prensa contactó con **Mariano Rajoy**, descendiente de aquel ilustre castellano, al que exigió concluyese la labor que su antepasado no hiciera, imponiéndole la tarea que **Lutero** nunca realizó. **Mariano** se puso manos a la obra dictando la creación de la asignatura de Religión Católica en todas las escuelas y universidades. 500 años después la historia retomaba el camino que nunca debió abandonar, una sola Iglesia y un solo Papa. El milenio podía comenzar.